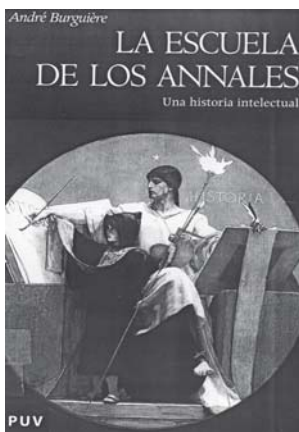


a Israel supondría también la vuelta a Alemania, donde Fackenheim pronunciaría una serie de discursos y conferencias marcados por una exigencia moral: “¿Por qué hablar de esto [de la destrucción de los judíos alemanes] aquí y ahora? Si queréis *honrarme, tendréis que escucharme*”. Que los alemanes escucharan a los judíos sería una manera de reconstruir Alemania, no el judaísmo alemán. Los discursos de Fackenheim en Alemania figuran como apéndices a *An Epitaph for German Judaism* y refuerzan la tendencia objetiva del libro. Pero el último apéndice es el texto de una conferencia pronunciada en Jerusalén a finales de 2002, pocos meses antes de morir, sobre ‘El Holocausto y el Libro de Job’.

*An Epitaph for German Judaism* apareció póstumamente en 2007. En lo esencial, el libro estaba acabado a finales del siglo XX. Los atentados del 11 de septiembre y la segunda *Intifada*, a los que Fackenheim aludiría en el prefacio, trazaron en el horizonte de lectura del libro una línea de sombra, pero se trataba de una antigua incertidumbre, de una vieja historia. Fackenheim fue el último filósofo judío. La diáspora, el Holocausto y el Estado de Israel fueron las últimas realidades en las que tuvo que pensar. “No siempre —escribió Fackenheim, en el tributo final que le rendiría a Hegel— se mueve hacia occidente el espíritu del mundo.”

**BURGUIÈRE, A., *La Escuela de los Annales. Una Historia Intelectual*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009. 342 pp.**

Rafael Ramis Barceló  
Universidad Pompeu Fabra



Este libro de André Burguière, profesor de historia antropológica en la *École des hautes études en sciences sociales*, es una obra que intenta aportar el «punto de vista interno» en la historiografía de la Escuela de los Annales. El autor pertenece actualmente al comité de redacción de la Revista y quizás eso conlleva, de entrada, algunos problemas metodológicos e historiográficos. Destacaré uno de cada.

Desde el prisma de la metodología, una historia intelectual sobre un movimiento del cual el autor del libro es parte tiene en su contra la presunción de subjetividad. ¿Puede ser objetivo en su apreciación de la evolución conceptual alguien imbuido de los propios planteamientos que se quieren exponer? Burguière considera que no resulta

un impedimento excesivo, pues cree que aportar el prisma interno permite «analizar el movimiento tal como se constituyó él mismo» (p. 23). La adopción del punto de vista interno permite conocer lo que desde fuera no se sabe, pero sin que la distancia entre el sujeto y el objeto de estudio sea clara. Con ello el autor intenta, a su vez, labrar una crítica a todos los trabajos que han estudiado la Escuela de los Annales desde fuera, bien desde la historia de los acontecimientos o bien desde la sociología histórica.

En cuanto a la historiografía, resulta evidente que trazar una historia sobre la escuela historiográfica más importante del siglo XX es, ante todo, un reto capital. Una escuela que ha adoptado métodos economicistas, serialistas, que ha defendido la historia de las mentalidades, que ha discutido sobre la temporalidad (la larga duración)... tiene que ser ejemplar a la hora de escoger qué tendencia historiográfica sigue, discutiendo implícitamente todas las demás.

En definitiva, Burguière debe adoptar *a priori* un método claro para escribir la Historia de los Annales. En tanto que el objeto es, ni más ni menos que la Revista en la que se han dado los mayores impulsos historiográficos de la pasada centuria, la opción del autor puede entenderse también como una toma de partido metodológica. Quizás constreñido (o abrumado) por la responsabilidad, Burguière adopta una narratividad muy clásica para explicar la Historia de los Annales: ni la deconstruye, ni hace arqueología, ni busca la transmisión de la ideología. Pretende «comprender la coherencia retrospectiva y el contenido conceptual de esa conversación, siguiendo la evolución de un libro o de un artículo a otro y de un historiador a otro» (p. 23). Se trata, así pues, de una historia intelectual escrita como un diálogo polifónico entre historiadores de diversas épocas, mentalidades y formación.

Los objetivos, por así decirlo, buscan un claro contraste con la obra de Peter Burke: *La Revolución Historiográfica Francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, cuya primera edición es de 1989, y que resulta un paradigma de visión externa, pero a su vez se aleja del volumen de Carbonell y Livet (dirs.): *Au berceau des Annales*, Presses de l'Institut d'Études Politiques de Toulouse, 1983, de carácter más o menos interno, que recoge las comunicaciones sobre la historiografía de la Revista, en una época en la que aún vivía Braudel.

En un sentido general, salta a la vista que Burguière no se refiera a la división convencional en generaciones. En el libro no se encuentra ninguna referencia a esta cuestión, mientras casi toda la historiografía hasta ahora se articulaba sobre esta base. En España, Fernando Sánchez Marcos se ha ocupado con detenimiento de la historiografía de la Escuela de los Annales, siguiendo estos esquemas. El autor del libro, más que referirse a las generaciones, alude al diálogo y a las interrelaciones entre ellas y con otros miembros externos. Por ejemplo, destaca la ascendencia de Fustel de

Coulanges y de Durkheim sobre Bloch, pero también el influjo de Ariès y Foucault (que no forman parte de la Escuela, pero sí influyen en ella) en autores como Vernant y Le Goff.

Un segundo rasgo muy sobresaliente es la ausencia de algunos miembros destacados de la revista, sobre los que Burguière pasa de puntillas. En particular, sólo se alude una sola vez a Pierre Chaunu y no se cita nunca a Pierre Vilar, François Furet o a Marc Ferro (quien, por cierto, aparece citado en la bibliografía dos veces). Es verdad que la nómina de los miembros de la Escuela es, a veces, algo difusa, pero eso no justifica que, por ejemplo, estos cuatro autores deban estar totalmente apartados de una historia «intelectual» de la Escuela de los Annales. Burguière se excusa diciendo que «nadie espere encontrar una galería de retratos, y aún menos un cuadro de honor de la escuela de Annales o un florilegio de mis preferencias» (p. 24).

Si los dos primeros aspectos son ciertos, no creo que pueda decirse lo mismo acerca del florilegio. Este es un tercer aspecto que quisiera mentar. La falta de alguno de los autores más conocidos de la Revista se compensa con muchas páginas dedicadas a Ariès y a Foucault, dos «debilidades intelectuales» de Burguière. Ciertamente, el resto de la historiografía no acentúa la influencia de estos autores y, frente a ellos, supone un avance. Sin embargo, creo que el autor aquí ha seleccionado mucho la historia intelectual que quería contar, y ha abandonado otras tantas, que muy posiblemente no le resultaban tan caras o próximas.

A favor de Burguière debe decirse que el rastreo de los orígenes intelectuales de la Escuela resultan muy claros y, a la vez, profundos y exhaustivos. Las dos primeras partes del libro, que abarcan desde la fundación de la Revista y sus precedentes hasta Braudel, son páginas muy logradas y que merecen la máxima atención. La tercera parte, a mi juicio, es mucho más subjetiva, y está claramente escorada hacia los intereses personales del autor. Resulta muy clara la insistencia en introducir el «tiempo antropológico», un concepto acuñado por Burguière, que resume bastante bien su comprensión de la *longue durée* de Braudel (p. 294).

Me temo que la subjetividad de la tercera parte se debe, en buena parte, a la actual crisis intelectual de la Revista. La crisis no se produce tanto por la carencia de buenos historiadores, sino por la falta de unidad en el método y en la escasez de ideas renovadoras de la envergadura de Labrousse o Braudel, o de Le Goff o Vernant. Burguière es, hoy por hoy, uno de los destacados representantes de la cuarta generación y un historiador solvente y reconocido. En el libro deja entrever la falta de liderazgo en la cuarta generación y quizás por ello acabe la narración a finales de los ochenta, como también hizo Peter Burke.

Sobre esta cuestión, otros autores menos vinculados a la Dirección de la Revista han puesto el dedo en la llaga.

Por ejemplo, en la obra de Carlos A. Aguirre Rojas: *La escuela de los Annales. Ayer, hoy mañana*, Barcelona, Montesinos, 1999, muy enfocada hacia la aportación a la historia económica, se destacaba la escisión de la tercera y la cuarta generación. En esta última, la metodología se ha ampliado y diversificado de tal manera que, al final, surgen interrogantes acerca de cuál será su aportación definitiva: una vuelta al pasado, un proceso de innovación o una dispersión caótica.

La opción de Burguière es distinta: acaba la obra con una remisión a los trabajos de Maurice Agulhon, que aboga de nuevo por la introducción de la política en la historia (p. 313). Con ello, el autor muestra de qué forma la Escuela de los *Annales* ha vuelto al territorio de los «enemigos», en una suerte de explicación circular, no exenta de valor intelectual.

De hecho, toda la historiografía sobre la Escuela destacaba que Bloch y Febvre -más allá de sus discrepancias intelectuales- se oponían frontalmente a la historia política de Charles Maurras, y la tendencia positivista representada por Lavissee, Langlois y Seignobos, que se insertaban en el paradigma de la historia rankeana. Frente a la historia epistemológicamente objetiva, política y nacionalista, Febvre y Bloch se centraron en los aspectos conscientes o inconscientes de la vida mental, dando lugar a la llamada historia de las mentalidades. La deriva economicista y serialista de Labrousse representó una innovación y un cambio frente a historia de las mentalidades, pero no una impugnación de su metodología antipositivista y antipolítica. Tampoco Le Roy Ladurie o Braudel representaron un desvío respecto del objetivo inicial de Bloch y Febvre.

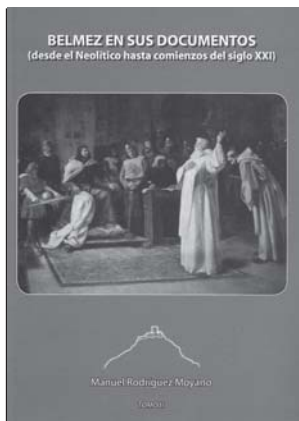
La explicación de Burguière sugiere que la Escuela de los Annales en los últimos años ha intentado reconciliar la historia política y rankeana con la experiencia acumulada, de modo que hoy la Escuela de los Annales ha integrado en su seno todas las experiencias historiográficas anteriores. En cierta manera, la falta de creatividad o de planteamientos rupturistas de la actualidad podría tener su causa -tal y como parece sugerir el autor- en la ingente labor de síntesis metodológica de los planteamientos anteriores. Se trataría de vislumbrar la historia total como una suma de metodologías parciales.

En definitiva, el libro de Burguière es una obra que merece la atención del lector, pues cambia los estereotipos y ofrece una nueva lectura de la experiencia de la Escuela de los Annales. Sus mayores virtudes son también una constrictión y un límite que no puede pasar desapercibido. La narratividad polifónica del autor no resulta un método innovador, sino un método de historización claramente sintético. Este libro complementa claramente el enfoque de otros trabajos y (aunque pueda sonar paradójico) puede marcar un hito en la historiografía de la Escuela y sobre la Escuela, pues con el libro Burguière ha mostrado un camino

desde el cual ella puede leerse a sí misma y, por ende, a todo lo demás.

**RODRÍGUEZ MOYANO, M., *Belmez en sus documentos (desde el Neolítico hasta comienzos del siglo XXI)*, tomo II, Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba, 2009, 678 pp.**

*Francisco Miguel Espino Jiménez*  
Universidad de Córdoba



Segundo tomo de la monumental y encomiable tarea investigadora emprendida por Manuel Rodríguez Moyano, belmezano por nacimiento y devoción, consistente en el análisis exhaustivo, riguroso y completo de la historia de Belmez desde la prehistoria hasta nuestros días y su difusión. Ingente labor que el autor inició con la publicación en 2006 del primer tomo de su

amplia obra, en el que analizó distintos datos relativos a la actualidad de Belmez (geográficos, demográficos, socioeconómicos y etimológicos y fonéticos), los principales edificios de su patrimonio arquitectónico, la evolución histórica de esta población desde sus primeros pobladores hasta el final del poder musulmán, la determinación del término municipal, la evolución de la propiedad de la tierra y la confrontación por su control señorial.

En el marco de la maraña de historias locales, muchas de ellas con un bajo perfil investigador, este libro sobresale por múltiples motivos. Posiblemente, dada la experiencia profesional de quien escribe estas líneas, el elemento axial de la obra de Rodríguez Moyano sea la amplia revisión de múltiples fuentes, amén del empleo de un lenguaje ágil y didáctico que, sin duda, le posibilitan alcanzar a un público muy amplio. Dado el afán del investigador de indagar en profundidad la historia de su localidad natal, ha revisado la documentación existente sobre Belmez en múltiples archivos, hemerotecas, bibliotecas y demás centros documentales, tanto nacionales como provinciales y locales, e incluso de fuera de España, como la Bibliothèque Nationale de France.

El libro reseñado lo dedica su autor al estudio de las relaciones de la Orden de Calatrava con Belmez, tema que ya trató, aunque muy por encima, en el mencionado primer tomo. Sin embargo, dada su importancia para la historia de Belmez Manuel Rodríguez Moyano decidió con acierto dedicarle una monografía completa.

Tras tres presentaciones –las firmadas por Francisco Pulido Muñoz (presidente de la Diputación de Córdoba, editora de este tomo), el catedrático de Derecho Civil José Manuel González Porras y Aurora Rubio Herrador (alcaldesa de Belmez)– y un prólogo –del duque de Granada de Ega, comendador mayor de la Orden de Calatrava–, se incluyen un total de diez capítulos, un epílogo, un apéndice documental y casi una veintena de anexos, cerrándose el libro con la relación de fuentes archivísticas y la bibliografía relacionada con los temas tratados en el mismo y varios índices muy útiles para el lector (antroponímico, toponímico y de imágenes y cuadros).

En los dos primeros capítulos, el autor se detiene en analizar el origen de las órdenes militares o de caballería «universales» (las surgidas en el siglo XII en el marco de las Cruzadas para liberar Tierra Santa, extendiéndose su actuación más allá del lugar donde se crearon, como las del Temple, Hospital de San Juan de Jerusalén, Teutónica, etc.) y territoriales (continuadoras del modelo de las universales, surgieron en aquellos lugares de Europa en los que existían conflictos religiosos armados, como fue el caso de las órdenes hispánicas, nacidas para participar en la cruzada contra los musulmanes en la Península Ibérica, siendo éstas las de Santiago, Alcántara, Montesa, la portuguesa de Avis y, obviamente, la de Calatrava). Con ello Rodríguez Moyano contextualiza el tema central de este segundo tomo; aportación que, sin duda sirve al lector no especializado en el origen y funcionamiento de las órdenes militares en general y en su papel en la Córdoba medieval y moderna para un mayor y mejor conocimiento de las mismas.

En el tercer y cuarto capítulo, se analiza la Orden de Calatrava en particular, su fundación en 1158 –convirtiéndose en la primera orden militar española–, quiénes fueron sus creadores –Raimundo de Fitero y frey Diego Velázquez–, establecimiento inicial –en el antiguo y estratégico castillo de Calatrava, en el norte de Ciudad Real y junto al río Guadiana– y sucesivos traslados. A todo ello añade su evolución histórica y preponderancia territorial, extendiéndose sus dominios por tres partidos o provincias, el Campo de Calatrava, Zorita y Andalucía.

A partir del capítulo quinto, el autor desarrolla el análisis minucioso del tema central del libro, la vinculación de Belmez a la Orden de Calatrava. Ésta se inició tras la firma del contrato de trueque, permuta y alineación de la mencionada villa y la de Fuente Obejuna, en posesión regia, por Osuna y el castillo de Cazalla, en manos de Calatrava, suscrito el 22 de marzo de 1464 por el comendador Juan Fernández Galindo como representante de Enrique IV de Castilla y el maestre (Pedro Girón), comendadores, caballeros, freires y priores calatravos. El control de la Orden de Calatrava, en régimen de encomienda, sobre la localidad cordobesa se mantuvo hasta el siglo XIX,